

Libro de Jueces

Lección 5 - Capítulo 3

La semana pasada, en el capítulo 2 de Jueces, el Señor le dijo a Israel que como resultado de su flagrante idolatría (que era tanto una causa como un efecto de su negativa a obedecer las instrucciones de Yehoveh de expulsar o matar a todos los habitantes de Canaán) Él permitiría que muchas de esas naciones paganas permanecieran arraigadas en la tierra y fueran una espina para Israel. Este era un castigo que también era un juicio para Israel; y el juicio no era en el sentido de ser una dificultad que ellos tenían que soportar sino más bien era un juicio judicial que se llevaría a cabo en la corte celestial de Dios. Él miraría la evidencia (su comportamiento) y absolvería o condenaría basado en si ellos siguieron Sus mandamientos mientras estaban sumidos en las severas condiciones en las que se encontraban. La absolución significaba paz, descanso y seguridad en la Tierra Prometida; la condena significaba la expulsión de la Tierra Prometida. Pero como dije la semana pasada, de ninguna manera Israel (pasado, presente o futuro) debía pensar que porque Dios castigó severamente a Su pueblo eso debía interpretarse como que Él revocaba, abolía, cambiaba, reemplazaba o rompía de alguna otra manera Su pacto.

Descubriremos que el Libro de los Jueces está repleto de poderosas expresiones y principios que nos harán ir despacio y con cuidado a través de cada versículo, de lo contrario pasaremos de largo y nos perderemos el impacto. Y ese impacto es tan relevante para nosotros, el Cuerpo de Creyentes contemporáneo, que creo sinceramente que el Libro de los Jueces debería ser estudiado por toda la Iglesia, quizá como punto de partida para un verdadero avivamiento. Veo este libro como un llamado oportuno similar a los traídos al pueblo de Dios por profetas como Isaías, Oseas, Jeremías y Zacarías. Un llamado que hizo que estos profetas fueran recibidos con burlas, persecución, y se les dijera básicamente que eran aguafiestas que traían mensajes de pesimismo que nadie quería escuchar. Después de todo, Israel era el pueblo redimido de Dios. ¿Qué más importaba?

Les diré francamente que me resulta difícil enseñar el Libro de los Jueces porque es una época muy larga de depravación y oscuridad para el pueblo de Dios; la mayoría de los pastores y maestros, por esa misma razón, suelen evitar este libro. Ellos y yo reconocemos muy bien que todos ustedes pueden desinteresarse fácilmente de una serie semanal de desastres, fracasos, catástrofes y advertencias funestas, porque lo que todos buscamos en lo más profundo de nuestras almas es que nos levanten el ánimo y nos den esperanza. Una y otra vez, mientras estudio, e incluso cuando intento dormir, sigo oyendo (como un zumbido implacable en los oídos por estar demasiado cerca de ruidos fuertes) esa vocecita que pregunta: "¿Tienes ojos para ver y oídos para escuchar?". Así que me limito a trasladarte esa pregunta, mientras lucho con ella en mi propia vida.

Hay esperanza en Jueces, pero es una esperanza implícita; una esperanza de un futuro mejor después de un largo y catastrófico tiempo en el que el pueblo ha hecho lo que era correcto a sus propios ojos y, por tanto, por definición, ha estado fuera de la voluntad de Dios por decisión propia. La esperanza es de renacimiento y regeneración; la esperanza es que el pueblo de Dios despierte de sus delirios autoimpuestos.

Aquí, en el capítulo 3 de Jueces, veremos cómo se nos presentan los 3 primeros Shofetim (Shophetim, Jueces). Y veremos cómo se caracterizan como salvadores imperfectos, pero salvadores, al fin y al cabo. Veremos que incluso cuando los seguidores del Dios de Israel se desvían mucho, el Señor no sólo deja la puerta abierta para que regresen, como hizo el padre del hijo pródigo, sino que Yehoveh los persigue, como NO hizo el padre del hijo pródigo. Que el Señor ama tanto a Su pueblo que se apiada de ellos incluso cuando están en medio de atroces ofensas contra Él, depravación ofrecida como sacrificios a Él, y se están comportando como un pueblo sin vergüenza deleitándose en sus aventuras adúlteras con otros dioses. Si la esperanza de que Dios salva y perdona cuando Su pueblo se arrepiente no es esperanza para ti, para nosotros, no sé qué lo es.

Así que te pido que hagas algo que a los creyentes no se les pide mucho que hagan: sé sobrio de mente al mismo tiempo que estás alegre por tu estado con Dios a través de Cristo. Escucha las cosas duras, las cosas urticantes que el Señor tiene que decirte, aunque no sea lo que quieres oír, o lo que es fácil de oír.

Leamos el capítulo 3 de Jueces.

LEER JUECES CAPÍTULO 3

Hablando desde el punto de vista de la experiencia, la generación actual de las 12 tribus no conocía la Guerra Santa que libraron sus padres y abuelos para colonizar esta Tierra de Canaán, por lo que poseían una actitud indiferente e ingenua acerca de cómo llegaron a su actual situación relativamente pacífica y fácil.

Para ser justos, Josué y su generación (y la más joven que él condujo a la batalla) también pasaron por un proceso de aprendizaje; escucharon a Dios, obedecieron y así Jericó cayó literalmente en sus manos. Pero casi inmediatamente se sintieron llenos de sí mismos y decidieron ir a la batalla contra los residentes de Hai de acuerdo con sus propias estrategias y poder y fueron derrotados contundentemente. Después de su derrota se dieron cuenta de su error, se arrepintieron, y entonces bajo el liderazgo del Señor volvieron a atacar Hai y esta vez ganaron.

Así que, aunque ciertamente podemos ver que esta nueva generación de hebreos en Canaán que eran los beneficiarios de los sacrificios y el coraje de sus padres deberían haber aprovechado las duras lecciones de la historia, hicieron lo que casi todas las nuevas generaciones hacen: sentir que las cosas del pasado no tienen relevancia para ellos. Por ello, el Señor iba a obligarles a experimentar la guerra para que aprendieran CÓMO había que luchar en la Guerra Santa. Y la lección número uno fue que el Señor sólo ayuda a Israel cuando son obedientes y devotos a Él.

Israel en nuestros días, como durante la época de los Jueces, es como esa nueva generación que no se da cuenta de que está luchando en una Guerra Santa; ven poca o ninguna relevancia a su antigua herencia en relación con los acontecimientos actuales, y sólo ven sus luchas con los palestinos y una miríada de grupos terroristas dispares como una serie de batallas y pruebas de voluntad, luchadas en un mundo moderno dentro de un marco de geopolítica global y agendas de poder personales locales, con cada batalla teniendo su propia razón y resultado.

El gobierno y el pueblo israelíes modernos no parecen comprender que, al igual que después de la muerte de Josué, sigue existiendo un propósito divino para que Israel posea Canaán, y

no simplemente las luchas normales e interminables por el dominio nacional y tribal que continuarán entre los hombres de todo el mundo hasta que el Mesías regrese para poner fin a todo ello.

La Guerra Santa es diferente a cualquier otro tipo de guerra. La verdadera Guerra Santa NO es declarada por los hombres, es ordenada por Dios. Ha habido, y siempre habrá, sólo UNA Guerra Santa y la primera flecha lanzada con ira para señalar su comienzo fue en la era de Josué. La Yihad Islámica NO es una Guerra Santa, es simplemente otra de las muchas guerras religiosas y culturales que la historia de la humanidad registra. Así que la Guerra Santa no es una guerra luchada bajo un barniz de fervor religioso y el resultado decidido por el más fuerte y mejor armado. La Guerra Santa es una batalla iniciada y dirigida por Dios que no sólo tiene un propósito divino, sino que debe librarse de acuerdo con reglas y principios divinos bien definidos. Y la razón de esto es que el resultado no es la cuestión, porque el resultado ha sido decidido desde la eternidad pasada. Más bien es el PROCESO lo que lo es todo; es la experiencia que adquirimos como Guerreros Santos de Yehoveh mediante la cual aprendemos quién es Dios que es lo más importante.

Las reglas de enfrentamiento de la Guerra Santa se establecen principalmente en la Ley del Herem, la Ley de la Prohibición, que estudiamos en lecciones anteriores sobre la Torá y el Libro de Josué. Francamente, las reglas de la Guerra Santa del Señor no se parecen mucho a la Convención de Ginebra, ni tampoco se parecen mucho a las filosofías humanitarias bajo las que opera Israel en su continua lucha por la supervivencia. La Guerra Santa no implica tratados de paz, ni intercambio de prisioneros, ni intentar minimizar los daños a las ciudades enemigas. Más bien implica la identificación positiva del mal y luego su erradicación total de aquellos que lo abrazan; no a través de la diplomacia y la reeducación, sino a través de la destrucción. La Guerra Santa no termina en la mesa de un tratado; termina cuando el pueblo de Dios se une a Él en obediencia total y el mal deja de existir.

Amigos, debajo de todo esto hay algo que el versículo 2 afirma tan sucintamente, y se aplica a todos los que invocan el nombre del Señor, ya sean judíos o gentiles, en cualquier generación pasada o futura: el Señor se asegurará de que nosotros, sus seguidores devotos, su ejército terrenal, SEAMOS OBLIGADOS a aprender el arte de la guerra. Y cuando digo guerra, me refiero a guerra espiritual; una guerra que, aunque comienza con la oración, definitivamente implica actos físicos, decisiones voluntarias, trabajo duro y tal vez peligroso, y a veces grandes sacrificios personales.

No estoy diciendo nada que no hayan escuchado de innumerables pastores y evangelistas, que, como creyentes en el Dios de Israel, el contexto de nuestras vidas se desarrolla realmente en los lugares celestiales, aunque sea en gran parte invisible para nosotros; solo parece ser una lucha terrenal física. Pero lo que quizás no escuchen tan a menudo es que es la voluntad del Señor que cada uno que elija servirle sea reclutado en su ejército. ENFRENTARÁN batalla; EXPERIMENTARÁN guerra. Sin excepciones. Cada soldado está destinado al frente. No hay cocineros ni ordenanzas a quienes Dios asigne trabajos cómodos que los mantengan alejados del conflicto y seguros; solo están aquellos que aceptan que ESTÁN en un estado de guerra, que son los Santos Guerreros de Dios, y se visten con toda la armadura de Dios, enfrentan al enemigo, mientras que otros lo niegan y, por lo tanto, se encogen constantemente por el miedo o la derrota.

Permítanme repetirlo: como creyentes estamos destinados a la guerra tanto como al Cielo; ambos van de la mano. La Guerra Santa es nuestro trabajo. Dios nos ha creado, nos ha salvado y nos separó de aquellos marcados para la destrucción con ese propósito.

La única pregunta es, ¿te dejarás entrenar y utilizar con eficacia; te pondrás tu equipo de combate, seguirás las órdenes y te enfrentarás al enemigo, o te negarás a servir y te esconderás pensando que puedes evitar el esfuerzo y el peligro?

Israel en el tiempo de los Jueces generalmente escogió lo segundo, y así pensaron que preferirían comprometerse y hacer la paz que continuar la guerra. La consecuencia fue que Dios le dijo a Israel que podían intentar hacer las paces como quisieran, pero que ÉL haría fracasar su paz. La cosa es que Dios tenía un suministro casi interminable de gente (los cananeos) para hostigar a Israel, y no dudó en usarlos. Todavía no lo hace.

El versículo 3 comienza una lista de las diversas naciones que Dios permitió que se quedaran en Israel para ser una fuente constante de problemas. Los 5 príncipes de los filisteos se refieren a 5 reyes filisteos que gobernaban 5 ciudades-estado situadas a lo largo de la costa mediterránea. Luego, por supuesto, estaban los cananeos que son descendientes directos de Canaán y luego otros grupos menos diferenciados de personas que vivían en la Tierra de Canaán y por eso se les dio ese título general. Además, estaban los habitantes de la ciudad-estado de Sidón, un pueblo grande y poderoso que residía a lo largo de la costa norte, y los heveos que vivían en la región montañosa del norte de Canaán. Lo que se nos muestra es que estos pueblos que fueron ordenados por Yehoveh para permanecer en la tierra salpicaban la tierra de sur a norte, y de este a oeste, como cráteres en la luna. No habría tribu israelita ni clan de ninguna tribu que no se enfrentara a los gentiles más pronto que tarde.

Los resultados de todo esto no solo fueron previsibles, sino divinamente ordenados. Así que el versículo 7 ahora prepara el escenario para la entrada del primer Juez de Israel; dice que el pueblo de Israel hizo lo que era malo DESDE LA PERSPECTIVA DE ADONAI. Oh, qué frase tan importante en medio de esa oración. No fue desde la perspectiva de Israel que estaban haciendo el mal, pero ciertamente sí desde la de Dios. Podría tomar varios minutos para esbozar ejemplos de las muchas acciones y actitudes cuestionables que algunos cristianos y algunas denominaciones enteras han adoptado, que están tan lejos de la instrucción escritural que uno se pregunta cómo llegaron a existir. Pero en cambio, simplemente señalaré que desde su propia perspectiva no están haciendo nada malo o malvado, o de lo contrario no lo estarían haciendo. Los israelitas de la era de los Jueces sentían lo mismo y vamos a ver varias ilustraciones de esa actitud en los próximos capítulos. Sin embargo, al final, Dios no compró sus racionalizaciones y excusas ni aceptó sus negaciones. La desobediencia es desobediencia, ya sea por ignorancia deliberada de la Ley o por intención deliberada de violarla. Él les ha dado un manual para vivir un estilo de vida redimido en la Torá, les ha dicho que lo usen, y ellos han optado en cambio por incorporar algunas de sus propias ideas y despreciar muchos de los mandamientos de Dios. Pero en el fondo de todo estaba la idolatría; Israel adoptó algunos dioses cananeos en sus prácticas de adoración.

Así, con el tiempo, el resultado de la ira del Señor contra ellos fue que un gobernante descendió y subyugó partes de Israel; su nombre era Kushan-Rish'atayim. Cusán significa Cus, lo que significa que este rey era descendiente de Cus y muy probablemente también un hombre negro. La mayoría de los eruditos dicen que este hombre procedía de una zona cercana al río Éufrates. Ahora bien, este nombre para él es hebreo, por lo que no podría haber sido el nombre extranjero real de este rey. Más bien es un título que traducido aproximadamente significa, "el Cusita doblemente malvado", que por supuesto es como las tribus israelitas conquistadas por sus ejércitos estaban obligadas a verlo.

Ahora surge un problema interesante: Cusán Rish'atayim conquistó las zonas tribales del sur de Israel, aunque en el versículo 8 se nos dice que era de Aram-Naharayim. Aram se encuentra muy al norte; así que aparentemente lo que tenemos es que 1) Cusán era norteño, 2) era cusita, pero 3) atacó a las tribus israelitas del sur; eso no tiene mucho sentido.

Por qué habría llevado a su ejército hasta allí sólo para atacar a las tribus del sur desafía cualquier agenda política o militar conocida. Lo que tenemos que entender al leer estos relatos históricos es que hay RAZONES por las que una nación atacó a otra al igual que en nuestros días. Ya fuera por alimentos, metales preciosos o simplemente por el deseo de expandir su imperio, había una lógica detrás de sus decisiones de ir a la guerra.

Sin embargo, lo que descubrimos es que los eruditos judíos saben desde hace mucho tiempo que las palabras Aram y Edom se transponen a menudo en la Biblia; de hecho, es bastante común. ¿Por qué? Porque Aram se escribe en hebreo Reysh-Mem, y Edom se escribe Dalet-Mem y un Reysh y un Dalet parecen casi idénticos y eran un error habitual de los copistas. Por lo tanto, es más cierto que la especulación que Kushan era en realidad de la zona de Edom, que era donde los cusitas se sabe que viven y Edom se encuentra en las zonas desérticas del sur adyacentes a las tribus del sur de Israel.

Así que ya tenemos establecida la primera parte del patrón divino para la época de los Jueces; un patrón que veremos a lo largo de todo el Libro de los Jueces. Primero el pueblo peca (idolatría en este caso), segundo el Señor lo declara culpable y lo castiga con la opresión de una nación gentil. Lo siguiente es lo que ocurre en el versículo 9: el pueblo de Israel clama a Dios para que lo salve de la opresión; cuarto, Dios se apiada y, a su vez, levanta un salvador para rescatarlos. La palabra hebrea para este salvador suena familiar: yahshah. La palabra Yehoshua (Yeshua) suena muy parecida porque proceden de la misma raíz. El Libro de los Jueces se refiere a estos salvadores en general como Shophetim, jueces, pero su propósito inicial es salvar, rescatar. Sólo más tarde, después de rescatar a una u otra tribu israelita (de nuevo, en términos generales), se convierten a veces en magistrados y fuentes de sabiduría. Y el primer juez levantado es una elección lógica: Othniel, hermano menor de Kalev, y esposo de la hija de Caleb, Akhsah. Digo lógica porque fue este mismo hombre quien ganó la región montañosa del sur a unos descendientes de Anakim como desafío de su hermano mayor, con Akhsah como premio. ¿Por qué sería Akhsah una atracción para Othniel? ¿Fue su belleza o su encanto? Difícilmente. Entiéndelo: desde la perspectiva del clan, el hermano que sigue en la línea de sucesión en el clan Caleb y que luego se casa con la hija del jefe del clan, hace que sea pan comido que Otoniel se convierta en el nuevo líder del clan; por lo tanto, por la recompensa valía la pena el riesgo. Además, es igualmente obvio que el líder guerrero Otoniel debía ser considerablemente más joven que Caleb, que fue uno de los 12 espías enviados por Moisés tantos años antes, pues de lo contrario no habría podido dirigir personalmente a las tropas en la batalla.

Ahora en el versículo 10 tenemos una declaración que suena bastante simple, pero abre muchas preguntas y un pequeño dilema. La declaración es: "El espíritu de YHWH vino sobre el (Otoniel) y el juzgó a Israel". Como hemos comentado en numerosas ocasiones quizá no haya persona, esencia o manifestación de la Divinidad más difícil de describir que el Espíritu Santo. Y también tenemos este reto igualmente difícil de tratar de entender cualquiera diferencia que haya entre los conceptos del Espíritu Santo estando SOBRE alguien versus el Espíritu Santo estando ALREDEDOR de alguien versus el Espíritu Santo HABITANDO EN alguien. Hablemos de ello unos minutos.

Aunque a menudo lo pasamos por alto por cuestiones teológicas aparentemente más importantes, debería ser fundamental para nuestra comprensión una respuesta a la pregunta: ¿qué ES el Espíritu de Dios y qué hace? El Espíritu de Dios es la esencia o el mecanismo espirituales que crea o introduce la vida tanto en el mundo de la naturaleza como en el ser humano. Para los seres humanos hay dos aspectos discernibles de la obra del espíritu: el primero es esta especie de chispa vital que se da para causar la vida humana física general mediante el proceso normal de nacimiento y luego nuestra existencia y funcionamiento continuos en el reino físico. El segundo aspecto de la obra del espíritu en los humanos es que proporciona un medio de vida eterna para la operación de nuestras almas espirituales en el reino espiritual y ocurre sólo por declaración divina. Uno podría argumentar que para la humanidad el Espíritu de Yehoveh primero permite la GENERACION de vida (embarazo y parto) y luego permite la RE-GENERACION de una vida superior para un grupo selecto.

Ahora sígueme porque creo que esto no es sólo para que lo entiendan los eruditos o los pastores. Particularmente en el Antiguo Testamento, el Espíritu de YHWH es un espíritu de sabiduría, entendimiento, de consejo y fortaleza, y del debido temor, reverencia y conocimiento del Señor. En Jueces, el Espíritu de Dios suele ser un poder capacitador; un poder otorgado o prestado a un ser humano para llevar a cabo una tarea especial de propósito celestial y por medio de una dirección celestial que, de otro modo, no podría realizarse o, al menos, no produciría un resultado que estuviera en armonía con la voluntad de Dios si fuera un esfuerzo meramente dirigido por un ser humano.

La expresión "El Espíritu de YHWH vino sobre él" indica una influencia sobrenatural y extraordinaria del espíritu de Dios sobre el espíritu humano. Es algo que solo un puñado de personas en la era del Antiguo Testamento experimentaría. Sin embargo, esto no es todo tan bonito y ordenado, ya que hay otra expresión de la obra del Espíritu Santo sobre los hombres que encontraremos en el capítulo 6 de Jueces. En Jueces 6:34 encontramos que: "el Espíritu de ADONAI cubrió a Gid'on".

Y de hecho hay una palabra hebrea completamente diferente usada en Jueces 3:10 que en Jueces 6:34 para caracterizar cómo es que el Espíritu de Dios se comunicó, interactuó o influenció a un humano. En Jueces 3:10 la palabra utilizada es hayyah. Hayyah es un término bastante general que, dependiendo de su forma y contexto, puede significar "llegó a ser", "suceder" o incluso "acontecer". Por otro lado, en Jueces 6:34 donde se nos dice que el Espíritu Santo cubrió a Gedeón, la palabra es labesh y usualmente significa vestir algo como una prenda, o algo que se pone como una prenda de vestir o una manta. Y es difícil no ver que se nos dibuja un cuadro de palabras completamente diferente entre la idea del Espíritu Santo que acontece o viene sobre un hombre, y el Señor vistiéndolo a un hombre o cubriéndolo con el Espíritu Santo como un manto completo.

Cuando pelamos otra capa de esa cebolla, vemos evidencia de que cuando el Espíritu Santo, el hayyah, viene sobre un hombre, opera de manera que supera la resistencia de la propia voluntad libre natural del hombre, de modo que es la voluntad de Dios la que la reemplaza; mientras que el segundo (y probablemente DIFERENTE) concepto de que el Espíritu Santo cubre o viste (labesh) a un humano tan completamente que esa persona se ve dotada de la capacidad para realizar obras milagrosas, incluida la capacidad de profetizar, o realizar obras que sobrepasan con creces la naturaleza humana desde el punto de vista del valor o la fuerza física. Fue especialmente esta habilidad para actuar valientemente frente a probabilidades humanamente imposibles en su contra, o mostrar fuerza y habilidad en el campo de batalla igualmente imposibles, lo que la mayoría de los Shophetim mostraron.

No voy a profundizar mucho más porque una vez que entramos en el Nuevo Testamento, solo tenemos textos griegos disponibles y las comparaciones precisas de palabras entre los términos hebreos del Antiguo Testamento y los términos griegos del Nuevo Testamento se vuelven muy difíciles, especialmente cuando se trata de intentar determinar cuál es exactamente la diferencia entre el Espíritu Santo que está sobre alguien, que envuelve a alguien, y que mora dentro de alguien. Una cosa que sabemos: el resultado de un creyente en el Mesías siendo habitado por el Espíritu Santo desde el Shavuot (Pentecostés) inmediatamente después de la muerte y resurrección de Yeshua es que algo fundamental en nuestra naturaleza espiritual y del alma cambia de tal manera que calificamos para vivir eternamente en la presencia de un Dios Santo. Esto definitivamente no era así en el caso de los Jueces o Profetas; según sabemos, al morir habitaban en una cámara terrenal especialmente preparada que en algún momento se llamó el Seno de Abraham, y esta era su residencia espiritual temporal (un paraíso a corto plazo) hasta que Cristo les dio la buena noticia de que debido a Su obra ahora estaban libres para dejar esa cámara y vivir con Dios.

Otoniel, con el Espíritu de Dios SOBRE él, fue a la guerra con Kushan-Rish'atayim de Edom para tratar de expulsarlo a él y a su ejército de las áreas de Judá y del sur de Efraín; Otoniel (que significa león de Dios) prevaleció y el área de la Tierra Prometida bajo su jurisdicción tuvo descanso de la opresión por 40 años. Ese período de descanso terminó con la muerte de Otoniel. Y típicamente eso es también parte del patrón que un Juez será levantado y será un Juez hasta su muerte; y que durante toda su vida como un Shophet él será victorioso contra los enemigos gentiles.

Ahora llegamos a la parte final del patrón o ciclo de los Jueces en el versículo 12: incluso después de la liberación, Israel se rebela de nuevo y Dios los juzga por hacer el mal. Creo que es significativo que pase el tiempo suficiente para que se produzcan al menos una, y a menudo dos, generaciones después de la victoria primaria de un Juez. Y es la NUEVA generación la que, tras la muerte de ese Juez, no experimenta la guerra ni participa en la batalla, por lo que hace apostasía y provoca que comience el siguiente ciclo de pecado, opresión, castigo, levantamiento de un nuevo Juez y liberación.

Aunque el versículo 12 no nos dice con precisión cuál fue el mal que cometió esta nueva generación de Israel, puedes apostar que la idolatría estaba en su núcleo porque invariablemente la idolatría jugó un papel estelar en todas las apostasías de Israel. Permítame recordarle algo de lo que hablamos la semana pasada: apostatar NO significa que el pueblo necesariamente renunció a Yehoveh. Más bien rompieron la fe con Él al mezclar la adoración a otros dioses con la adoración a Él. Verán, creo que algo que va a tener que cambiar fundamentalmente en las mentes y corazones de nosotros los creyentes modernos es que nuestro comportamiento juega un papel clave en cómo el Señor nos percibe y trata con nosotros. Particularmente cuando nos reunimos como congregación nos encanta hablar del "mundo" como si realmente lo evitáramos o hubiéramos evitado con éxito ser contaminados por él. Sin embargo (y sepan que estoy hablando en general y no me estoy metiendo con una persona o comportamiento) por otra cosa que no sea lo que está dentro de nosotros, nuestra apariencia externa, comportamiento y elecciones son muchas veces casi indistinguibles del mundo no salvo. Tendemos a ir a las mismas películas, ver los mismos programas de televisión, tener los mismos trabajos, reaccionar de la misma manera cuando alguien nos corta el paso en el tráfico o nuestro jefe o cónyuge nos molesta, y por lo general más o menos esperamos que nuestras hermandades funcionen de la misma manera que funcionan los gobiernos o las organizaciones laicas.

Fue cuando Israel se volvió casi indistinguible de los cananeos en su apariencia,

comportamiento, elecciones y adoración que Dios se enojó y actuó. No importaba que internamente fueran redimidos por Él. Por mucho que deseemos que sea diferente, Dios observa y evalúa lo que HACEMOS porque Él es quien nos ha dado redención y ya sabe quiénes están redimidos y quiénes no; no tiene que observar nuestro comportamiento para averiguarlo. ¿Qué crees que debe significar en la percepción de Dios cuando, a menos que LE DIGAMOS a alguien que somos cristianos, nadie podría haberlo sospechado nunca? A veces pienso que nuestras calcomanías cristianas en nuestros carros están ahí para informar a otros sobre nuestra fe, porque por nuestro comportamiento y estilo de vida, esa es casi la única forma en que alguien podría saberlo.

Y lo cierto es que Israel en la era de los Jueces simplemente quería lo que todos típicamente queremos (pero probablemente no deberíamos): mezclarnos, no parecer extraños o fuera de lugar, y ciertamente no ser criticados ni ridiculizados ni ser tachados de ignorantes o llenos de odio porque no estamos de acuerdo con lo que todos los demás quieren o con la corrección política actual.

La próxima semana examinaremos al próximo Juez en una larga línea de Jueces.